

# EL MOTÍN



Año XXXIV.-Madrid, Jueves, 6 Agosto 1914.-Número 32.

SUCURSAL:  
RIVADAVIA, 698  
BUENOS AIRES

## EL MOTÍN

PERIÓDICO SEMANAL  
CON 16 PAGINAS Y CARICATURAS  
SE PUBLICA LOS JUEVES

REDACCION Y ADMINISTRACION  
ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

### PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias, 1,50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1,50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

## ¿Dónde está la fuerza?

La guerra que ha comenzado en Europa, y ante la cual van á parecer simples escaramuzas todas las del pasado, nos dice que la violencia sigue disponiendo de los destinos de la Humanidad, y que las palabras ley, justicia, derecho, religión, parecen inventadas solamente para despistar ó entretener á las multitudes en los intermedios de una lucha y otra. ¡Y ay del débil!

¿Austria tiene ahora más cañones y más fusiles que Servia? Pues á aniquilarla y esclavizarla.

Las demás naciones aparentan interesarse, las unas por Servia y las otras por Austria, para tener el pretexto de lanzarse unas contra otras, pues para eso se han venido armando hasta los dientes. Y los franceses como los alemanes, los rusos como los austriacos, naciones civilizadas y á las que se nos viene aconsejando que nos asomemos los españoles, lanzan frenéticos gritos jubilosos, y aclaman desenfrenados á quienes los llevan á destrozar y á que los destrocen. No van nunca más allá los pueblos salvajes.

De lo que unos y otros se olvidan, es de que, no reconociendo otro árbitro que la fuerza para decidir de los destinos de la Humanidad, se aloja la idea esa en todos los cerebros, y á lo mejor surge un individuo que, por tener un revolver, un puñal ó una bomba en la mano y poco amor á la vida, se considera el más fuerte, y hace lo que el asesino

del heredero al trono de Austria en Serajevo.

Y de que en aquel momento estaba la fuerza en él, no cabe duda; y que era inmensa, lo prueba que el disparo de su revolver ha movido millares de cañones y millones de fusiles, y ha puesto en pie de guerra centenares de cuerpos de Ejército y ha movilizado todas las escuadras del mundo. Por algo se dijo que el hombre aislado es el más fuerte.

¿Dónde está, pues, la fuerza? ¿Quién puede creer que la tiene?

Yo había sostenido siempre que estaba en la inteligencia, por ser ella quien la mueve, la impulsa ó la maneja en sus diversas manifestaciones; y ahora me encuentro con que la que ha determinado la terrible catástrofe que ha caído sobre Europa, residía en el cañón de un revólver.

Deberían pensar alguna vez en esto los que, suponiendo que la fuerza está en sus manos, acechan la ocasión de satisfacer los instintos de bestia agazapados hasta en el cerebro de los hombres que presumen de más civilizados.

## Carta de Pey Ordeix

Játiva, 24 Julio 1914.

Querido D. José:

Ya ha copiado EL MOTÍN y comentado honrosamente los primeros escritos del lance á que he sido provocado por un diario católico de Valencia, amenazándome con una campaña de difamación total y sin límite.

Hame parecido necesario acudir al reto, puntualizar el cuerpo del enemigo que se presentaba difuso, recabar la reprobación explícita ó la sanción implícita del silencio y tolerancia de las autoridades eclesiásticas, á quienes llamé la atención y requerí públicamente á intervenir el negocio, en la forma que creyesen del caso.

El diario ha continuado su tarea, intentando deshacer la comunión católica que hace de la Iglesia un corazón y una cabeza; presentándose como segmentados de ella é independientes de las autoridades á los anónimos que han agotado las virulencias del diccionario.

A estas horas, las autoridades eclesiásticas no pueden alegar ignorancia de lo que el deber les manda co-

nocer. El diario no ha sido desautorizado y por tanto sus escritos tienen el beneplácito público aunque tácito de su tolerancia, que viene á ser su sanción.

Como diario católico me ataca él y ataca en mí al disidente de la Iglesia. Es, pues, conflicto de carácter esencialmente social. Es el choque entre la Iglesia y la Disidencia; entre el celibatismo y el civismo; y en este sentido he de encarnar mi personalidad polémica y he de hacer frente al adversario.

De los términos sustanciales del choque, darán idea las siguientes cuartillas, copia de otras que forman parte de un artículo que envío á *El Pueblo*, suprimiendo los pormenores de interés simplemente local.

Con miserable escarnio de mi dignidad se ha hecho sonsonete de los adjetivos de «renegado y apóstata» para ultrajar al hombre consciente de hoy, al razonador y al escritor, con su desgracia de haber nacido en la Iglesia y de haberle pertenecido cuando ni era consciente de ella ni de sí mismo.

Esta apostasía y renegación con que la Iglesia me afrenta y escarnece he de discutir, presentando las apostasías, reniegos y claudicaciones de esa misma Iglesia escarnecedora, y he aquí las cuartillas en que hago el despeje del campo, replicando á alusiones y acusaciones del diario.

PRELUDIO DE CAMPANA

## Maese Pedro y sus cachivaches

Nada puede escribir en el *Diario* el pelele anónimo sin la revisión y sanción del «Director»; nada puede publicar éste sin la aprobación del Censor; nada puede aprobar éste sin la instrucción y orden del Prelado; nada puede consentir y ordenar éste sin el beneplácito del Papa. Y pues á todos place, agrada, favorece y conviene la agresión, á todos les vendrá de perlas la réplica, y... allá vamos, señores del margen.

¿Adónde me queréis llevar para celebrar el duelo?

El *Diario* lo ha dicho con todas sus letras y con repetición: á reproducir en Valencia con Guisasola el drama que hubo en Barcelona con



Morgades. Allí el «pelele» provocador fué «Memento». Dos mil pesetas pagó Morgades de un artículo contra mí en *La Patria* y en *Las Noticias*; artículo corregido por el propio Morgades (según carta que obra en mi poder) y firmado por «Memento». Otras miles de pesetas se jugaron en otras bazas. Resultado final: un artículo del *Diario de Barcelona* en que decía que yo había matado á Morgades.

Mas debe saberse que Morgades no quería la lucha. Era arrastrado á ella por fantasmas misteriosos. Eran éstos los jesuitas y en su nombre ciertos áulicos del obispo, más interesados en destruir á Morgades para sucederle en la mitra, que en destruirme á mí, yendo á cobrar la cuenta en la caja de favores de la Compañía. Uno de los jesuitas que mediaron en el ajo, fué cabalmente ese mismo P. Solá que anda por Valencia: otro fué el P. Adroer, rector ahora de Gandía.

En aquel conflicto intervino también el obispado de Valencia, con un Edicto de condenación contra mí, firmado por tres canónigos, cuyos nombres no merecen el honor de ser exhibidos en esta galería.

¿Cuál fué aquella batalla? De ella darán idea algunos rasgos.

Un día se me presentó el médico que me asistía y me dijo:

—Estoy asqueado. Vengo del Colegio de la Facultad. En su biblioteca se me han hecho proposiciones para envenenarle á usted... Se lo aviso...

El médico vive y es hombre de prestigio. Llámase Manuel Mer y Güell.

Otro día me avisó una señora lo siguiente:

—En el Hotel Suizo se celebran ciertas reuniones de policía y otra gente. He escuchado. Se trataba de un atentado contra usted. Se ofrecían 15.000 pesetas, pero se pedían 25.000.

La señora vive: era la dueña del hotel.

Otro día me dijo un sacerdote:

—He estado comiendo con el fiscal de S. M., en casa de un amigo. Ha dicho que se le sitia y oprime de modo increíble para que denuncie sus escritos... que no halla medio de denunciar.

El sacerdote era... Mosén Cinto Verdager.

Otro día un fiscal leía en la vista de una causa el telegrama del ministro (Vadillo era) interesando la persecución de mis escritos. De ello dió cuenta la prensa local.

Otro día se me dijo:

—Los jesuitas (de Barcelona) traman una conjura contra usted... Estoy asombrado... El director ha de ser Necedal desde Madrid. En Valencia se ha organizado sobre usted

un espionaje vergonzoso. Es agente de Necedal el propio Miguel Osset, que cobra de Registrador de Enguera y reside en Valencia, en cuya casa usted se alberga. Han tratado de comprometerme á mí á que dé la primera estocada. Esta infamia me tiene avergonzado; ahí tiene usted la carta de Necedal. Léala... Cuando habla de «los de allá» quiere decir «los jesuitas de Barcelona».

El interlocutor era el P. Camilo, provincial de los franciscanos de Valencia.

Otro día se me dijo:

—La Compañía va á tender sus ejércitos contra usted. Se ha jurado su exterminio. Las órdenes del General son rajantes. Estoy horrorizado...

El asombrado padre era el P. Molto, valenciano también . . . . .

¿Bastan estas muestras? Pues sepan además los lectores que el Gobernador, á las ordenes del obispo, lanzaba la policía arbitrariamente secuestrando mis publicaciones. El capitán general suspendió «manu militari» mis periódicos, y llegó á lo inaudito de prohibir á *La Publicidad* y á *El Diluvio* publicar mis escritos de réplica á los insultos de Memento—Morgades y Compañía. Por ello hube de acudir á *El País*, de Madrid.

El resultado fué la muerte de Morgades, la del obispo de Gerona, la del jesuita La Rua, y el ridículo de Necedal, cuya vida quedó amargada á perpetuidad. Instrumentos contra mí fueron el desventurado Corbató, luego suspenso, condenado, etc., en España (en París... no hablemos); y el franciscano Juan Orts, ahora apóstol protestante en Norte América, etcétera.

Por nuestra parte tuvimos víctimas. Ya saldrán oportunamente.

Contra ese ejército, no tuve más defensa que mi pluma, ni más arte que mi inexperiencia, ni más auxilio que el de la conciencia pública.

Todos los frailes se fueron sumando á mis enemigos, menos unos: los paules. Todos los obispos de España, menos uno: Guisasola, que estaba en Jaén, y que se negó á publicar aun los decretos de Roma contra mí. De esa Iglesia renegué y apostaté.

Ya sabe Valencia el espectáculo á que es invitado el público, y el desafío á que se me emplaza. Recojo el guante y acudo al desafío.

Las armas elegidas por la Iglesia, en la Prensa, son los insultos del *Diario*, soeces, indecentes, salidos de toda ley y toda crianza. El lado por el cual me ataca es por el de mi rebeldía solemne y franca contra el celibato; por esto se me llama implícitamente seductor de amantes, falsador de mi estado civil é implíci-

tamente se enseña á blasfemar mi hogar, mi amor, mi matrimonio y mis hijos.

A todo ello respondo:

Iglesia: Por aquellos hijos que debieron ser y que tú asesinaste en el camino de la vida y de mi anhelo; por el amor á quien debo la vida; por la mujer que el amor destinó mi esposa y por los hijos que fueran; por ellos y por mi vida juro vengar cumplidamente el agravio. Mi campaña en Valencia durará en la memoria de las gentes, hasta el fin de los siglos.

¡Gran déspota de la Naturaleza: yo desnudaré y exhibiré a público las hasta aquí secretas vergüenzas de tu Gracia!

Gran Renegada de la Humanidad: yo publicaré la falsedad de tu celibato, la impudicia de tu fingido pudor y la refinada lujuria de tu simulado recato.»

De palabra le expondré las líneas generales del camino que pienso seguir, para dejar hecho un escarmiento ejemplar en los procaces clericales que se creen exentos de toda ley y de toda decencia.

S. PEY ORDEIX

## Manuel Troyano

El sábado murió en Madrid este gran periodista, apartado hace años de la lucha.

Lo conocí en 1877 en *El Globo*, donde entró á defender la política de Castelar. Yo, que ya estaba en él, me encargué desde aquel día de la confección del periódico.

Apesar del diferente punto de vista político, sentí desde el primer instante hacia él admiración y cariño sin límites. ¿Y cómo no, siendo tan inteligente, tan ilustrado, tan bueno?...

Llegaba todas las noches á la redacción de nueve á diez, hojeaba sin dejar de hablar con los compañeros los periódicos del día, se ponía después á escribir el artículo de fondo, y se retiraba á su casa de una á dos. Y esto todos los días, como hizo más tarde, durante veinte años en *El Imparcial*.

En sus artículos, cortos y escritos en estilo sencillo y correcto, trataba siempre el asunto palpitante con tal maestría, orientando la opinión en sentido democrático, que coincidir con Troyano equivalía á saber que se opinaba con acierto.

Era gran admirador de Cervantes. Intercalaba á menudo en sus escritos largos párrafos del *Quijote*, sin necesidad de acudir al libro. Como literato y como historiador rayaba á gran altura.

Troyano fué diputado y senador,



no para buscar medros, si no para poner esos cargos al servicio del Troyano periodista. En este duro, ingrato y mal apreciado oficio, descolló como pocos, permaneciendo constantemente honrado y digno. Y lo prueban la pobreza y el abandono en que se ha visto en sus últimos años.....

Mientras colocaban ayer en el nicho los restos del amigo queridísimo, miré á un lado y otro, y al ver cuán pocos periodistas habían ido hasta el cementerio á rendirle el debido tributo de cariño, admiración y respeto, pensé en que no hay polítillo aprovechado ni tendero enriquecido que no lleve más cortejo, y en que tal vez sea condición indispensable para ser honrado en muerte, dejar de ser honrado en vida.

Reciba su familia el pésame más sentido de quien se siente orgulloso de haber alcanzado la amistad de aquel hombre, excepcional en cualidades relevantes, que se llamó Manuel Troyano.

## Cuento

Inspiró el diablo á un pobre cura de pueblo en la hora de la muerte la idea de negarse á recibir los auxilios espirituales, siendo inútiles los esfuerzos de sus parientes y amigos para hacerle desistir de ello. Pero á uno se le ocurrió esta idea:

—Ya que no por nosotros—dijo al enfermo—hazlo por el Cristo de la Merced, á quien tanta devoción has tenido siempre.

—Como no viniera él á pedírmelo... contestó el enfermo volviendo la espalda á su amigo.

Como no era posible trasladar el Cristo desde la iglesia á casa del cura, idearon que el sacristán se vistiera de Cristo.

Media hora después se sintió ruido en la habitación próxima á la alcoba del cura, y entrando en ella otro de los amigos del paciente, le dijo aparentando el mayor asombro:

—El Cristo de la Merced te ha oído, y viene á pedirte que te confieses.

El enfermo se incorporó en el lecho y vió efectivamente delante de sí la imagen.

—¡Señor, señor!--exclamó;—tened misericordia de mí, en atención á que mi mayor pecado es hijo de mi bondad. No tengo que acusarme más que de haber hecho la vista gorda, dejando que el pícaro del sacristán se comiese la mitad de la cera que por voto de los fieles ha debido arder en el altar de Vuestra Divina Majestad. Y no hablo del cepillo de las Animas, que he visto volcar en su bolsillo más de una vez... hablo...

Al llegar aquí, prorrumpió el sacristán trémulo de cólera:

—Si no fuera por el Divino papel que estoy representando, ya le diría á usted, señor cura, cuantas son cinco, y á estos señores quién se llevó las alhajas que desaparecieron de la iglesia el año pasado.

Esta respuesta hizo enmudecer al cura, que expiró impenitente á los cinco minutos.

## La lámina

### Jacobo de Molay Gran Maes're del Temple

Puestos de acuerdo el Papa y Felipe el Hermoso para apoderarse de los bienes de la Orden de Templarios, simulaban largos procesos con acusaciones de delitos y vicios atroces, que, de ser ciertos, hubieran probado la maldad de que es capaz una orden religiosa, y siendo falsos, probaron la maldad de que son capaces los eclesiásticos calumniadores.

Arrancada á algunos templarios por el tormento la confesión de cuanto convenía probar, vino la matanza de los caballeros.

Cincuenta y nueve fueron quemados en un día fuera de la puerta de San Antonio en París, sin que reconocieran los delitos y los crímenes que se les imputaban, á pesar de saber que si lo hacían se les perdonaría la vida y sufrirían sólo penas canónicas leves. Y más de mil murieron de igual modo en toda Francia.

El proceso que se les formó, sin careos con los testigos ni ampliación de las declaraciones, es una de las grandes infamias de la Historia. Sólo unos cuantos templarios, por librarse de los tormentos, confesaron lo que sus verdugos deseaban.

Cuatro templarios solamente quedaban en Francia por juzgar: el gran maestro Jacobo de Molay, cuya dignidad equivalía á la de príncipe real; Guy de Vienes, hermano del príncipe soberano del Delfinado; Hugo de Peralde, gran prior y visitador del priorato de Francia, y el gran prior de Aquitania.

El Papa, después de haberles ofrecido una completa impunidad, delegó su poder en dos cardenales, en el obispo de Sens y en otros prelados de la iglesia galicana.

Leyéronles la sentencia en la catedral, diciéndoles que si persistían en su primera declaración, la que prestaron en el tormento, y de la que se desdijeron luego, serían condenados solamente á prisión perpétua; siendo quemados vivos si confirmaban su declaración posterior. Los dos grandes priores se retractaron por miedo á la hoguera.

Molay respondió:

—Prefiero perder la vida á con-

servarla aceptando condición tan infame. ¿De qué me serviría prolongar los amargos días de una existencia que ya me es odiosa, si tuviera que agradecerlos á la calumnia? Guido se expresó en términos parecidos.

Por lo tanto fueron quemados en la isleta del Sena existente entre el jaadín del rey y el convento de los agustinos.

Condujeron á los reos con grande aparato militar en medio de un inmenso concurso al sitio del suplicio.

Jacobo de Molay, aunque cargado de cadenas, macerado y aniquilado por tantos padecimientos físicos y morales, fué por su pie con ademán tranquilo y la frente alta. Y en medio de los dolores del suplicio, mostró la misma fuerza y energía que el día anterior en la catedral.

A las asiduas instancias para que retirara su retractación repetía siempre las mismas protestas de su inocencia y de la de su Orden; añadiendo:

—«Si merezco la muerte, es por haber mentido en el tormento.»

Cuando despojado de los vestidos de su Orden y amarrado fuertemente á la estaca se vió rodeado de llamas que devoraban sus miembros y de humo que lo ahogaba, Jacobo de Molay gritó en alta voz:

—«¡Clemente, yo te emplazo para que comparezcas dentro de cuarenta días ante el tribunal del Soberano Juez! ¡Y tú, Felipe, prepárate también para comparecer ante El dentro de un año!»...

Tales fueron las últimas palabras de aquel hombre valeroso.

Lo verdaderamente extraordinario del caso, es que precisamente al cumplirse las épocas del emplazamiento, murieron el Papa y el Rey.

Hay que refrescar de vez en cuando la memoria de las gentes, para que no olviden las hazañas de la Iglesia.

## JAURES

Ha sido asesinado en París por un fanático ó un loco, que es lo mismo, este hombre que por muchos conceptos era grande: como periodista, como político, como orador.

Francia ha perdido mucho al perderlo, y el partido socialista y la Humanidad también. Y más en estos momentos, en que su poderosa inteligencia podría haber influido tanto en las soluciones que habrán de adoptarse después que la guerra termine.

Ese ilustre muerto es uno de los pocos hombres públicos de los tiempos presentes que tiene indiscutible



derecho á que no lo olvidemos los que por la redención del Pueblo trabajamos en un campo ó en otro.

## EL ANIVERSARIO

Ha pasado un lustro desde la semana trágica. Como un diluvio, ella dejó también su sedimento. Las aguas que pasan un día arrollando la vegetación, inundando las sementeras, aportan para mañana una fecundación nueva. Las convulsiones históricas son una siembra de pasión. Calladamente, como una fuerza ajena á los hombres, la historia se cuaja.

Tratemos, amigos de la derecha, la «cuestión 1909» con alteza de miras, con fidelidad á los hechos, desvirtuados un día por el interés natural de la defensa y por la fantasía que operó sobre el desconocimiento de la realidad. No construyamos sofismas para que la verdad sea como nos conviene; acomodémonos á la verdad.

1909 representa un gran choque pasional, y un episodio de la lucha de castas. Las plebes, en vez de retirarse al monte Sacro, atacaron los templos como valor simbólico, como «consagración» de la casta enemiga. En el odio natural que soliviantaron hubo mucho, también, de incompreensión. No todo el mundo tiene la necesaria serenidad de espíritu para ver las cosas como las vería desde otro planeta, con desinterés «sideral», ni la suficiente facultad de artista para descubrir la belleza de la «historia que pasa», con su coturno de Clío, entre la turba de zuecos chapoteando. Todo alzamiento envuelve una extraña hermosura, y el pueblo alterado tiene algo de niño jugando con florones de corona vieja.—«Hermoso eres tú, viejo castillo de mis abuelos,—decía Jorge Sand—y hermoso es el gesto del arado que surca tus ruinas.»

El secreto de la superioridad de todo escritor, principalmente si es periodista, está en acertar á ver las cosas como historiador. Si sabe elevarse como ellas, las verá desde arriba, como un dios ó como un astro.

Cada vez que se habla, conjuntamente, de la cuestión Ferrer y de la cuestión 1909, suele olvidarse una esencialísima aclaración; esas dos materias, como tema á discutir, son en absoluto diferentes: el caso 1909 es un asunto político; el caso Ferrer es un asunto jurídico. Cuando las izquierdas niegan la participación de Ferrer en aquella revuelta, no intentan con ello ensalzarle, puesto que, para las izquierdas, ese caudillaje sería una gloria, como lo es para Riego ó para Prim. De manera que cuanto más se rehabilite el movimiento de 1909, menos se glorifi-

cará la obra de Ferrer, para los que le niegan su categoría de jefe en aquellas jornadas.

Después de toda sentencia, por lo mismo que los debates han sido públicos, y pública ha sido la prueba, el público ejerce un derecho natural de apelación, de supremo juicio. Ello es, en fin, una anticipación de historia. Y en ello no hay ofensa para nadie, porque no todos los ciudadanos tienen un mismo criterio judicial, aunque admitamos en todos la buena fe. Aquel vetusto principio de «la santidad de la cosa juzgada», que tan perjudicial se mostró en los días del famoso proceso Dreyfus, es totalmente incompatible con las democracias, que presuponen la soberanía indeclinable de todos los ciudadanos. Lo contrario sería una especie de catolicismo judicial, una infalibilidad jurídica, un dogmatismo exterior á la religión. Diríase que lo llevamos en la masa de la sangre...

El gran pecado de las derechas ha consistido en tratar esas materias desde un punto de vista de defensa (Defensa social...) y no en vista de principios ungidos en el sumo desinterés de todas las espiritualidades (ciencia, arte, poesía). Así es que han podido esgrimirse, por ejemplo, sofismas tan evidentes como el que ha repetido tantas veces *A B C*, atribuyendo á la obra del pueblo todas las bajas ocasionadas por aquellos disturbios.

La serenidad es verdadero distintivo de selecciones. ¿Cuándo sabréis derramar sobre ese tema histórico, noblemente, una unción de serenidad?

GABRIEL ALOMAR

## Justo homenaje

A los republicanos de Peñaranda de Bracamonte:

De haber podido estar entre vosotros el día 2 de Agosto, aniversario de la muerte de Vicente Moreno, he aquí lo que hubiera dicho al descubrirse el modesto monumento que le habéis alzado:

«Con este homenaje rendido á la memoria de uno de los hombres que más he querido y admirado, por bueno, por íntegro y por fuerte de espíritu, habéis desmentido á los que aseguran que siempre recoge ingratiudes el que siembra beneficios. Vicente Moreno consagró por entero su vida á redimir á los esclavos de la superstición y la injusticia, avalorando sus predicaciones con su ejemplo, y vosotros le correspondéis alzándole este pequeño monumento en el cementerio civil, cuya tierra quedó bendecida el día que su cadáver fué depositado en él.

Démonos todos los presentes un abrazo fraternal ante los restos de ese hombre que amó la Libertad, practicó el Bien y honró el Trabajo, y referid á menudo á vuestros hijos lo que hizo, para que lo imiten; única manera de ser ciudadanos sin tacha.»

Esto hubiera dicho yo al descubrirse el monumento que Peñaranda dedica al mejor y más amado de sus hijos.

Ruego que se me tenga por presente en la ceremonia, y que quien la presida ofrezca mis respetos á doña Daniela Escalada, la noble esposa que tanto le amó y tanto le llora.

Con motivo de la espantosa baja que han tenido en Europa los valores públicos con motivo de la guerra, varios banqueros de diversas naciones han liquidado ya sus cuentas con la vida, y millares de familias han quedado arruinadas.

Alguna ventaja había de tener el no tener dinero: la de no caer en la tentación de suicidarse cuando baja la Bolsa.

## Entre vejestorios

En la carta que Estévanez escribió á Fernando Pintado, director de *Los Miserables*, disculpándose de no enviarle un artículo que le pidió para el número extraordinario del 24 del pasado, hallo estos párrafos:

«Si ve usted en los periódicos alguna cosa mía, es que la toman de otros periódicos viejos ó libros antediluvianos.

Puede usted hacer lo mismo, si quiere, y el favorecido seré yo.

¿Qué por qué no estoy conforme con ustedes? Porque no lo estoy con nadie. Creo que pierden el tiempo, no en escribir, sino en contentarse con esgrimir las plumas.

Por mi parte, ni aun eso. Mis artículos serían sermones, como escritos por un viejo harto de que lo llamen chocho.

Los viejos, ya que cometen el abuso de vivir, que no fastidien embotronando papel.

A un solo viejo exceptúo: á Nakens.

Y es menos viejo que yo.

El mismo Nakens... la verdad, no es muy católico.

Ni siquiera va á misa.

Yo tampoco; pero es que yo las oí por adelantado, allá en mi siglo. ¡600 misas de tropa!

Querido Estévanez: Dice usted bien. Cometemos un abuso al pasar do cierta edad. Y mucho más si *currelamos*. Crea usted que yo, si no fuese porque estoy convencido de que



ecun lo planes de la Divina Providencia, procurando, aunque sin conseguirlo hasta ahora, *moralizar* al clero con mis escritos, tiempo há que le hubiese dicho á mi pluma: «¡Ciudadana, á divorciarnos! A nuestros años resulta ridículo ir constantemente cogiditos del brazo.» Mas no me atrevo á decírselo, por no contrariar los designios del Altísimo, que para algo me tiene aquí sin habérselo yo pedido.

No debía uno vivir tanto. Llego un momento en que se encuentra solo, ó poco menos. De los contemporáneos unos se van, otros nos abandonan, otros nos olvidan; y los que nacen á la vida pública, y por casualidad se enteran de que existimos, nos miran entre sorprendidos y curiosos.

Y no es esto lo peor, sino que nosotros mismos vamos lentamente encontrándonos como gallinas en corral ajeno. Nuevas costumbres, ideas nuevas, orientaciones distintas... Cuando alguna vez bajo á la Puerta del Sol sin tropezar con una cara conocida, y me fijo en las mujeres (no se sonría usted; quise decir en los trajes de las mujeres), tan voluptuosamente diversos de los que usaban las de nuestro tiempo; y en los de los hombres, tan femeninamente confeccionados; y en los de los niños, tan deliciosamente *querubinescos*, paréceme que he venido por vez primera á Madrid en clase de *isidro*, ó que he caído en clase de *bólido* de otro planeta.

Todo me sorprende, todo me cae... El constante y vertiginoso cruzar de tranvías y automóviles; los establecimientos tan lujosos que hacen pensar en lo mucho que tienen que robar legalmente sus honrados dueños para sostenerlos; tres ó cuatro frailes que cruzan de una acera á otra; cinco ó seis Hermanas en un coche atestado de provisiones... «¡Este no es mi mundo! exclamo; ¡Este no es mi Madrid!» Y me juzgo forastero hasta que vuelvo á mi barrio y me meto en casa.

Mas ¡ay! que aun aquí sufro decepciones también, y me convenzo de que mis tiempos pasaron al abrir un periódico cualquiera.

Ya sabe usted, como cuantos leen EL MOTÍN, que ando mal de los ojos de la cara. (Corremos unos tiempos tan escamones, amigo Estévez, que hay que fijar bien los términos al hablar de ojos estropeados. La honra ante todo).

Lo que ni usted ni ellos saben, es que al leer la Prensa (con más dificultad cada día), me convenzo de que ando peor que de los ojos de la cara, de los del entendimiento. Con estos casi no veo ni gota ya.

No pasa día sin que, al decir de la Prensa, broten diez ó doce hombres eminentes en España, en todos los

ramos de la ciencia, las artes y el saber.

Los periódicos ilustrados nos ofrecen cada semana otros tantos retratos de un insigne poeta, de un ilustre pintor, de un maravilloso orador, de un portentoso estadista, de un gran jurisconsulto, de un afamado médico, de un consumado hacendista etc., surgidos por generación espontánea; resultando al cabo de cada año tal cantidad de eminencias, que habría para surtir al Universo Mundo y quedarnos pletóricos de grandes hombres.

Y admirado, como patriota, y pensando en aquello de por sus obras los conoceréis, miro, remiro, y sólo columbro esto:

Que cada día anda más apurada la Hacienda, y la salud más perdida, y la justicia más por los suelos, y la política más embrollada, y la oratoria más falta de enjundia, y la pintura más amanerada, y la poesía más afeminada; y así todo, pese á ese numeroso ejército de eminencias.

Miro hacia otro lado, al de las Sociedades y Asociaciones caritativas ó regeneradoras, infinitas en número, y he aquí lo único que veo: que á más *Gotas de leche*, más niños muertos de hambre; que á más *Tratados de Blancas*, más rameras; que á más *Refugios de Arrepentidas*, más explotación de la mujer; que á más religiosidad, más inmoralidad; que á más frailes, más corrupción.

Y me pregunto, dudando del testimonio de mis sentidos, cual nos recomienda la Santa Madre Iglesia:

¿Lo verá así porque los ojos de mi entendimiento andan ya peor que los de mi cara, ó por que realmente esto de las eminencias del arte, de la ciencia, de la política, de la caridad y de la regeneración no es más que una moneda falsa inventada para engañarnos unos á otros, puesto que todos la recibimos y la endosamos todos como si fuera de ley?

Y por más que me esfuerzo, no hallo manera de contestar á esta pregunta, amigo Estévez.

Síntesis de cuanto he charlado:

Si saliendo á la calle todo me grita: «¡vete cuanto antes!» permaneciendo en casa me dice la Prensa: «¡Valiente papel estás representando! ¡Topo del Progreso; márchate pronto, ó caerás en vida en la sima del olvido arrastrado por la formidable avalancha de *eminencias* que brotan hoy en España con la abundancia y espontaneidad de los hongos en el estercolero!.....»

Supongo, querido Estévez, que después de leer lo que antecede, no volverá usted á guasearse de mí, presentándose al público como una excepción entre los viejos.....

Lo del atracón de misas (¡seis-

cientas, cielos santos!) me ha hecho mucha gracia, y contribuido á que le admire á usted más que hasta aquí. ¡Un impío que se ha tragado seiscientas misas, sin detrimento de sus facultades mentales! Me hubiera explicado más fácilmente todos los misterios y creído todos los milagros.

¡Seiscientas misas! Ni ante las interminables cifras que estampan los astrónomos para darnos una idea de la distancia que nos separa de las estrellas visibles más lejanas, he sentido jamás un mareo parecido.

¡Tragarse seiscientas misas! Tiene usted un estómago espiritual de primer orden, cuando no ha sufrido ni la más pequeña indigestión de santidad.

Sería curioso saber en qué pensaba al oirlas. (Este parrafito equivaldría á incitarle á que nos lo dijera, si no nos hubiese hecho antes saber que ya no quiere escribir más. Confío, sin embargo, en que vuelva sobre su acuerdo, ó haga una excepción en favor de este su compañero de promoción *matusalénica*.)

Llegó el momento de despedirme de usted, y no se me ocurre la fórmula. Las gentes de menos edad que nosotros (casi todos los habitantes del planeta) suelen emplear la siguiente: «¡Hasta mañana!» Estableciendo la proporción debida de edad y de probalidades de vernos ó escribiernos, creo que lo más acertado sería emplear esta fórmula:

¡Hasta el minuto próximo... si llegamos!»

Un abrazo.

## ROBO EN UN TEMPLO

No me preocupa saber cómo ni cuándo ni por quién se hicieron noche hace pocos días varios artefactos sagrados en la iglesia de Santa María de Sanz.

¿Por qué no me preocupo? Porque sabiendo que se celebró después una función de desagravios y una novena á la Virgen, tengo la seguridad de que, si no han parecido los ladrones, se habrá por lo menos recaudado tres ó cuatro veces más de lo que valían los efectos desaparecidos, y por lo tanto, habrán sido re-puestos ya.

Que es lo que generalmente ocurre en estos casos.

## ¡A LA UNIÓN!

Con ese título escribe *El Pueblo*, semanario del Ferrol, un artículo que me dedica, y que no reproduzco íntegro por las alabanzas que me prodiga.

Le acuso recibo para decirle, que ahora sería inútil cuanto se intenta.



se para pactarla. La preocupación de la guerra europea se impone á todos los espíritus.

¿Que precisamente ahora era la ocasión de realizarla en ocho días, para ponernos en condiciones de hacer frente á todas las eventualidades?

Sí; mas para esto sería preciso que todos y cada uno pensáramos en la patria más que en las conveniencias personales ó de fracción; y hace mucho tiempo que las corrientes no van por ahí en el campo republicano. Por lo tanto, querido colega, aguardemos.

Excuso añadir que si alguien tomase la iniciativa para llegar á la unión, yo le secundaría, fuese él quien fuese. Es lo que siempre hice.

Aunque no he de ocultarle á *El Pueblo* (periódico), que no veo al Pueblo (entidad) decidido á imponer la unión á los que la dificultan, ó tratan de hacerla servir á sus planes; parte de él se va descorazonando, y con razón; y otra parte continúa rindiendo culto á éste ó aquél fetiche.

Y mientras los unos no se animen y los otros no se desengañen, fracasará cuanto intentemos los que, al pedir la unión, jamás pensamos en que fuera unión al eje, y el eje nosotros.

## Los frailes extranjeros

Al publicarse estas líneas, supongo que no quedará en España ningún fraile alemán, austriaco, francés, ruso ó inglés, por haber corrido todos á ingresar en las filas del ejército de sus respectivas naciones. (Son tan excelentes patriotas todos ellos!...

Los jesuitas, sobre todo, que se mueren de ganas de ser capellanes del ejército, habrán sentado ahora plaza en las filas de Austria, su protectora, demostrando así que son muy hombres, y capaces de practicar lo que predicán.

Si así fuese... ¡qué anchos íbamos á quedar!

Mas no caerá esa breva.

## Madre católica

*La Pensée*, de Bruselas, garantiza la autenticidad del hecho siguiente, ocurrido en una aldea flamenca.

Una mujer dió á luz un hijo muerto, quedando enferma de gravedad.

Fué llamado el párroco y la señora le habló del entierro de la criatura, contestándole él que no podía ser enterrado en el cementerio católico por no haber sido bautizado, y aconsejándole que lo enterrara en el huerto de su granja. La señora, al escucharlo, se agravó más aún.

¡Cuán diferente manera de ver las cosas!

Esa madre se pone en trance de muerte al decirle el cura que enterrare su hijo en el huerto de la granja, y otras lo hubieran obedecido con gozo infinito.

¡Tener enterrado un hijo suyo cerca de ellas, bajo un árbol frondoso, viendo llegar las abejas á extraer el polen de las flores que rodearían su sepultura, y oyendo á los pájaros arrullar su eterno sueño con sus gorjeos. hubiera sido un hermoso poema de felicidad para ellas!

Tan grande como habría sido su pena al pensar que el cadáver de su hijo se pudría en un cementerio, mezclando las emanaciones de su descomposición, con las desprendidas de otros seres menos puros y ajenos á su cariño...

¿Sensiblería? ¿Romanticismo? No. Amor y respeto á la carne de su carne y á los huesos de sus huesos... Algo que únicamente las religiones pueden matar en el corazón de las madres.

## La mujer, la Iglesia y la Libertad

Extracto de la conferencia de Pey Ordeix en Játiva

Sirvióle de exordio la gloriosa si-lueta de Játiva en la Historia, por ser teatro de grandes sucesos y cuna de muchos héroes, cuya representación perorifica y continúa el insigne Luis Simarro.

Vindicó la memoria de los Borjas, especialmente de Lucrecia, de César y de su padre Alejandro VI. para quien reclamó una estatua que sirva de reparación de los agravios inferidos á su fama.

Expuso á seguida la oportunidad del tema, por darse la conferencia en el teatro que fué templo de los Dominicos, de cuyo pú-pito brotó há largos siglos la impura doctrina eclesiástica que ahora va á ser refutada, purificando, con la llama de la antorcha de la verdad, la rupia de las viciosas máximas.

La oportunidad aumenta por circunstancias personales: pública, una; í-tima, otra; los ataques que el orador recibe del clericalismo, por estas causas, y el haberse verificado en la Glorieta de Játiva, diez años atrás, la decisión definitiva de la lucha á que el orador está consagrado. En árrafos de hondo sentimiento y vehemencia dijo cómo, al perder la fe en la Iglesia sintió el vacío en su derredor, sin familia, sin relaciones, sin posición, sin esperanzas de recobrar salud y fuerza, y arrastrado por el azar al manicomio, donde no le quedara más remedio que enloquecer, ó pasear su esqueleto por las calles públicas, como trofeo del

triunfo de la Iglesia. Extranjero en la tierra, decidió tomar rumbo hacia la patria de todos los expatriados: el suicidio.

Por esta pen liente iba en Barcelona, cuando salió á su paso un sér que también se sentía expatriado; y hablaron de este mundo extranjero y de su patria; intimaron y ya no estuvieron solitarios. El uno al otro se servían de compañía, y él sintióse nuevamente vinculado á la vida. Ese que el orador llama Sér, adorable pero innominable, trájole en su seguimiento á Játiva. En la Glorieta, él, desconocido de Ella, se dió á conocer. Ella quedó asombrada, emprendió la fuga llena de espanto: era el mónstruo de la Iglesia que le enseñaba sus garras y sus dientes y le asaetaba con feroces miradas.

El sintióse rajar su alma, y entonces profirió el único juramento de su vida: de odio perpetuo y de perpetua é implacable guerra sin cuartel á la Iglesia, su homicida.

Entre la Iglesia y el orador se interpone - dice la mujer. En duelo á muerte se disputan su posesión. Aun poseída, la Iglesia la discute: cuando puede, se la arrebató; cuando no puede arrebatarla, la insulta.

Por esto va á tra-ar del arte de rescatar la mujer de las garras de la Iglesia, aquí en Játiva, altar del juramento primitivo, y ara de este primer sacrificio.

Para ello hay que conocer los hilos con que la Iglesia tiene atada á la mujer.

El primero, por la propensión del sér femenino á condensar en el emblema místico, simbólico, poético, toda suerte de ideas. Las musas son hembras y no varones. La Belleza es patrimonio de la mujer, como la fuerza lo es del varón. La belleza, cendal de la verdad, y el arte, expresión sensible de la Belleza, son genios femeninos. Y como la religión es símbolo y emblema de la filosofía suprema, la mujer, lanzada á la región filosófica por su naturaleza racional: traduce la religión á las bellas-artistas por su naturaleza artística.

La Iglesia ha explotado esta condición femenina. Ha hecho monopolio del arte, y el arte religioso tiene seducida con sus espejuelos á la mujer, más que por la fuerza religiosa, por la fuerza artística.

El segundo hilo con que la ata, es el ambiente. Por herencia y por impulso atávico, va á la Iglesia: allí le conducen la madre, la maestra y el instinto de imitación, y se hace clerical ó devota por que sí: por razones mecánicas, extrañas á la conciencia y que parecen nacer de ella siendo madres de ella.

El tercer hilo es la ineducación social y el cautiverio en que vive la



mujer, de niña, de joven, de matrona y anciana, á quien la costumbre establecida prohíbe salir del encierro de su casa, y sólo le deja el camino de la Iglesia, como centro social, como palco de exhibición de su belleza, como punto de espera de sus amores y casa de cita de los galanes.

La Iglesia, al acecho de los peligros de ahí nacidos, utiliza esta costumbre; facilita en sus fiestas la exhibición, excita de mil modos la vanidad y comercia con estos sentimientos y condiciones del carácter femenino. La mujer, colocada en el dilema de «en la Iglesia ó en casa», acude á la Iglesia como alivio de su prisión.

Otro cuarto hilo hay, perverso de toda perversidad, muy poco conocido, y el más terrible. Es un hilo complicado y una red hábilmente tejida, con la cual la Iglesia, simulando celo del pudor y de la inocencia, prohíbe á la mujer consultar é interrogar á nadie acerca de los problemas sexuales que le formula la propia naturaleza. La hosca voz de la Iglesia ¡pecado... pecado!... obliga á la joven á callar sus preocupaciones, y á los demás prohíbe adivinarlas y desvanecerlas. ¡Pecado... pecado!...

Con ello la mujer queda secuestrada á la familia y á la humanidad y encerrada dentro de la ignorancia, cuya curiosidad excita y azuza la propia naturaleza.

Así encerrada la joven, la Iglesia llévala al devocionario con astutos exámenes de conciencia para fijar su atención sobre esos problemas y hacerle entrever algo de ellos, pero siempre con la muleta del «¡pecado... pecado!...» Y la lleva al sermón ó á los ejercicios espirituales donde el astuto director se vale del manejo de la fantasía lúbrica para poner en conmoción y en alboroto su organismo, avivando el naciente fuego, agitando y torturándole con el sonsonete del «¡pecado... pecado!...

La joven no sabe á qué atenerse; siéntese en el infierno: agítase en un volcán, y ved ahí el último golpe de la Iglesia. Para salir de aquel suplicio la niña y la joven son llevadas al confesonario. En él hay encerrado un macho, cuyos instintos son exacerbados por la violencia de un celibato real ó ficticio, excitador del apetito por solo el hecho de la prohibición; el sátiro encerrado allí, pónese en contacto con la joven, y él la inicia en los grandes misterios de la naturaleza, de quien es renegado; él la instruye en los secretos del amor, del etal blasfema; el dirige y encamina el alma, á la cual confluyen todos los nervios, y por medio del alma y de los nervios mueve y agita el organismo, exalta la sensibilidad hasta enloquecerla, y la joven camina con tal impulso, ó hacia el convento á ser monja, ó á la

casa del cura á servir de ama, ó á una devoción más ó menos equívoca; y siempre y en todo caso queda la mujer atada al confesor por el conocimiento que le ha dado de sus intimidades medrosas, por la atadura de sesiones lábricas habidas entre los espíritus, y siempre y en todo caso el confesor se instala en el corazón de la mujer en el sitio y lugar que debieron haber ocupado el padre, el hermano, el amigo, el novio ó el esposo.

Para romper tales ataduras, preciso es, primeramente, que el padre ó el hermano, ó quien sea, asuman el oficio de maestro de la mujer en este delicado magisterio, expulsando á ese intruso y secuestrador.

Segundamente, es necesario abrir las puertas del cautiverio femenino, franqueándole el acceso y paso á la vida pública, en la cual pueda ella ostentar las galas de sus virtudes y cosechar los premios merecidos.

Terceramente, debe lucharse contra esa piedad automática de maniquí, extraña á la conciencia, idolátrica é impropia de una sociedad reflexiva, seria y honrada.

Y en cuarto lugar, se han de crear y fomentar las artes contrarias á la Iglesia ó sustraídas á su monopolio: romper la jaula que ha puesto á las musas, y facilitar á la mujer músicas que no sean precisamente letanías y misereres; espectáculos que no sean misas y vía-crucis; poesía, escultura y literatura que no sean esos actos libidinosos y enfermizos del clericalismo, que hace de cada mujer una histérica esclava suya.

En esta empresa de reconquista, es discreto medio el hacer conocer á la mujer la degradación en que la tiene la Iglesia, mientras la está engañando con cuentos de haber sido ella su redentora.

No: la Iglesia reputa á la mujer instrumento de lujuria y de pecado. No ve en su vida más acción que el vicio. Para ella no existen la hija, la esposa y la madre: es sólo la hembra. Así concibe á la mujer la Iglesia, y de este principio elemental parten todas sus máximas, reduciéndose la acción clerical sobre ella á estas dos frases:

- 1.<sup>a</sup> Secuestrarla para cautivarla.
- 2.<sup>a</sup> Cautivarla para degradarla.

Haced á la mujer consciente de esta labor eclesiástica, y la que hoy es instrumento del clericalismo, será mañana la soberbia matrona simbólica que aplastará con su pie al dragón monstruoso de la Iglesia.»

La profunda, sentida y elocuente conferencia del ilustre escritor anticlerical fué objeto de repetidas y calurosas ovaciones.

El Pueblo

Valencia.

## Pregunta repetida

En el pueblo de Tartale, (Burgos) cayó el párroco al suelo en el momento que comulgaba.

Acudieron á socorrerle los fieles, y se comprobó que estaba envenenado con estriénina, que alguien había echado en el vino.

Siempre que ha ocurrido un caso de éstos, he preguntado:

«¿Cómo la bendición del sacerdote, que tiene poder bastante para convertir el pan y el vino en cuerpo y sangre de Cristo, no lo tiene para convertir el veneno en sustancia inofensiva? ¿El que puede lo más, por qué no puede lo menos?»

Y como nadie me ha contestado repito ahora la pregunta, para ver si soy más afortunado en esta ocasión

## DE SENTIDO COMÚN

En la iglesia parroquial de Ellera (Liguria), había una vieja imagen de la Virgen del Carmelo de gran mérito artístico, y hasta diz que muy milagrosa, que el cura vendió á un anticuario.

Enterada la población de que de un momento á otro iban á quedarse sin su *madonna*, acudió casi en masa á las puertas de la Iglesia en actitud tan significativa, que el comprador no consiguió su objeto y el vendedor cantó la gallina y pidió perdón á sus feligreses.

No aconsejo á los fieles españoles que imiten ese ejemplo en casos parecidos, pues recuerdo lo que hicieron los conservadores en Osera: matar á unos cuantos é herir á muchos más de los que se opusieron á que se les arrebatase el baldaquino aquel. Y, la verdad, no vale todo lo que hay en un templo lo que la vida de un solo hombre.

Por tanto, siempre que un cura trate de vender un santo, ó una Virgen, no deben los vecinos echarse á la calle, á no ser que sea para animarle en su empresa y pedirle que haga lo mismo con todo lo que en la iglesia exista.

Pues esto no perjudica, antes bien favorece la causa de la civilización.

## VERDADES AL PUEBLO

(Juan Lanás)

por José Nakens

Segunda edición.—318 páginas.

Precio: 2 pesetas.

## CIENCIA Y RELIGION

Por Malveit

85 grabados.—Precio: 1 peseta.



# EL MOTÍN



Suplicio de Jacobo Molay, Gran Maestre de la Orden de Temple, y de Guy de Vienes en Paris, el 11 de Marzo de 1314.



## Suscripción "Cruz Roja"

Pesetas.

Suma anterior . . . 7302'60

Gerardo Malladas, 1'00. -  
Leandro Díaz, 0'50. - David  
Vega, 1'00. - José Vega, 1'00.  
Celestino García, 1'00. - Ci-  
priano Benavides, 1'00. -  
Santiago Orejas, 1'00. - Sal-  
vador A. Coma, 1'00. - Fran-  
cisco Jove, 1'00. (Todos de  
Mieres) . . . . . 8'50

Suma y sigue. . . . 7311'10

## MADRE MODELO

### I

—¿Qué tienes, mamá?... Hace dos días que me haces mala cara.

—¿Qué quieres que tenga? Que estoy muy disgustada con tu proceder... Hace dos días que vienes á recogerme cerca de la una de la madrugada...

—A la hora que terminan los teatros, mamá.

—No sé; lo cierto es que esto me disgusta, que esta no es la educación cristiana que yo te he dado; que estos ejemplos de perversión no se han dado nunca en mi casa, y no será por que yo no haya puesto los medios para evitarlo... Te he educado en un colegio dirigido por religiosos, te he afiliado á varias congregaciones, he procurado que recibieras con frecuencia los sacramentos, que tuvieras un director espiritual, y bien poco fruto he sacado de todo ello. Ahora eres un hombre ya, y haces todo lo que te da la gana. Las pobres viudas no tenemos autoridad, ni podemos nada. ¡Ah, si tu padre levantara la cabeza!

—Cualquiera que te oyera, mamá, diría que yo era un desalmado, un hijo perverso, total porque he venido dos noches un poco tarde... Yo no tengo la culpa de que la Empresa de Price no empiece las funciones á tiempo... ¡Vaya un crimen!

—¡Ay, hijo mío, el camino del mal es muy resbaladizo! Se empieza por cosas tan sencillas! Yo no digo que seas un mal hijo, eso no, pero no te conduces como un joven buen cristiano... ¡Dios te ilumine; y me dé paciencia para llevar esta cruz!...

### II

—Por Dios, D. Plácido, sea usted prudente, que creo que mi hijo está en su gabinete.

—Bajaba la escalera cuando yo subía. Por cierto que me parece que no soy santo de su devoción; ¡me ha echado una mirada! Le cuesta trabajo saludarme. ¿Habrá olido algo?...

—¡Qué disparate! Cosas de jóvenes; serán aprensiones de usted...

—¡Ay, hijita, qué triste es tener que andar con estos gatuperios y misterios!

—No hay más remedio; la sociedad tiene sus leyes... Usted como sacerdote, yo como madre cristiana... No hay más remedio que tascar el freno y... disimular.

—Sí, tienes razón... Ea, aprovechemos el tiempo...

—Espere usted, voy á ver si está la criada en la cocina, no sea que el demonio lo enrede y...

—Sí, sí, y ven enseguida, que es un poco tarde...

### III

—Así me gusta, hijo mío. 'Anoche á las once ya estabas en la camita...

—No quiero que estés disgustada; quiero ser digno hijo de una madre modelo, como tú...

—¡Oh! Tanto como modelo... Una buena cristiana y nada más.

FRAY GERUNDIO

## Consejo sano

Una iglesia ha sido destruída en Eibar por un incendio terrible. Con decir que se fundieron hasta las campanas, se sobrentiende que ardieron altares, imágenes, ornamentos, vasos sagrados...

No ocurriendo nada en la tierra sin la voluntad de Dios, alejo de mí la pecaminosa tentación de atribuirle el siniestro al diablo.

Cuando El ha consentido ese incendio, es porque así convendría á los vecinos de Eibar, á los cuales recomiendo que no contribuyan ni con un céntimo á la suscripción que seguramente estará ya abierta para alzar otro templo.

Pudieran contrariar los designios del Altísimo, que son inescrutables, y acarrearles esto algún disgusto en la otra vida.

La potencia del carlismo,

ó el enano de la venta

Como tan frecuentemente los «requetés» perpetran escandalosas agresiones, y ahí está la última, la de Barcelona contra los radicales; como hay tanto liberal traidor que hace el juego de los carlistas y á ellos se une; como tantas posiciones oficiales altas y bajas ocupan los carlistas y además gozan en sus atropellos la más perfecta impunidad, se ha dado en creer que son una potencia inmensa nacional, primer impulso de nuestra vida política, fuerza indestructible, compacta y de una pieza, con la que no hay más remedio que contar.

Todo ilusión. El carlismo no excede de una exigua, pero muy exigua, minoría de españoles, casi todos de baja mentalidad, insignificantes, nulos, torpes, que viven dispersos, desunidos, impotentes y carentes de ideas claras. Ya ni aún verdaderos carlistas son; quíteseles el carácter de siervos ciegos y sordos del Papa, y no son nada.

¿Dónde están los hombres notables del carlismo? Vázquez Mella, que tiene talento, está más loco que una cabra; Cerralbo es una medianía desastrosa, que sólo se ocupa de antigüedades y de objetos arqueológicos; Salaverry, joven ilustrado, no es ninguna notabilidad y va para Vázquez Mella á pasos de gigante; nadie creará á Cirici Ventalló un estadista, ni un sabio, ni un militar; ni á Llorens otra cosa que un vivo, hábil en el nadar entre dos aguas; y cuanto á ese noble catalán que tanto figura como procer del partido, menos vale que Ventalló y que Llorens.

Partido católico antes que monárquico legitimista, se llama el carlismo; pero, ¿dónde están sus sacerdotes ilustres? Se acabaron al morir Manterola. Donde, pues, no hay ni masas unidas y conscientes, ni un patriado director de alta mentalidad, ni hombres ilustres de armas para un caso de fuerza, ¿qué hay?

Mas por algo figurará el carlismo en concepto de gran fuerza y gritarán y agredirán armados sus «requetés», y existirán sus periódicos...; puede alguno objetar.

Sí; no hay efecto sin causa; pero antes de exponer el secreto... á voces, de la causa de este fenómeno, fijese el que objetar pudiera y el lector en general en este hecho:

Los diputados y senadores carlistas, incluídos en su número los íntegros y los de la Defensa Social, á un lado pequeñas diferencias, suman un grupo exiguo, insignificante, de cuneros en su mayoría. Han venido á las Cámaras á fuerza de protección de los Gobiernos alfonosinos, protección consistente en amañes, violencias y todo género de ilegalidades, á pesar de las cuales y de una voluntad decidida protectora, nunca han podido pasar de cuatro gatos; mientras los republicanos, sin ese apoyo (exceptuando Azcárate, en el fondo carlista), y contra viento y marea, han traído á las Cortes un contingente mucho mayor siempre que los carlistas; y no se olviden las desastrosas desuniones, no sólo de los jefes, sino de las masas republicanas.

Y lo que sucede con diputados y senadores del carlismo, se repite respecto de los municipales, de los diputados provinciales y de los alcaldes electivos. Si esto no es carecer



de arraigo y fuerza en la opinión, no sabemos qué será.

\*\*

¿El secreto de esas apariencias de poder? Nos lo descubrió en día memorable en el Hotel Palace, á los postres de un banquete, el falso liberal canalejista y ministro Amalio Gimeno, con toda su autoridad y haciendo intencionada la declaración: «Los Gobiernos de la Restauración, dijo, apoyando al carlismo POR IMPOSICIONES DE ARRIBA; los liberales tienen que secundar estas imposiciones PARA SALVAR ALTOS INTERESES.»

Enigma resuelto. Si á los zapateros españoles el Estado les dijera: «apoyaré candidatos de ustedes en las elecciones con toda mi fuerza; les permito armar y disciplinar militarmente gente joven, que, armada, podrá agredir á quien la plazca ó le señalemos; en todas las oficinas, en todos los Cuerpos del mundo oficial colocaremos á los zapateros que ustedes nos designen, y además, donde quiera que uno pretenda algo, allí estará el poder gubernativo para que lo consiga», los zapateros tendrían «requetés», senadores, diputados, concejales, Ayuntamientos, alcaldes, periódicos, Círculos, influencia y cuanto hay que tener; esto es todo, y nada más que esto.

De ahí el miedo cerval del carlismo á que la Restauración desaparezca; de ahí su estrecha unión con Maura y con los cortesanos de don Alfonso.

Quitar al carlismo esa imposición de arriba y habrá dejado de existir, porque no existir es reducirse á las cuatro viejas, los cuatro curas y los cuatro navarros, vascos, valencianos, catalanes, más algún castellano, todos de inferior extracción y de cerebro nebuloso, que son carlistas convencidos; seguramente el número de los budhistas ó de los protestantes españoles, sería más grande.

El legitimismo francés no cuenta con multitudes; el inglés, casi ha pasado á la Historia; el portugués (el miguelismo), poco menos; cualquiera de ellos, sin embargo, cuenta con más gente que nuestro carlismo.

Se podría intentar otra prueba. Que el Papa, hasta aquí encerrado en declaraciones ambiguas, dijera un día terminantemente: «Para ser un buen católico, no hace falta estar afiliado al carlismo ó jainismo; ese partido será en política lo que le plazca, pero nada tiene que ver con la Iglesia, por más que conste de católicos ó de quienes ta es se dicen: la Iglesia no prefiere la forma de Gobierno monárquico tradicional ó absolutista, ni se ocupa de legimitudes dinásticas, ni desea, sino que aborrece ser defendida con las ar-

mas; detesta las guerras civiles, aunque se hagan creyendo defender la religión...»

Que diga solemnemente esto un Papa, y se le van á las carlistas los católicos que en ella están, no porque les importe un comino la cuestión de legitimidad de la primera rama ó de la otra, ni de tal asunto entienden; son carlistas porque juzgan que así están con el Papado católico; nada más.

De manera que ya sabemos dónde se halla la pretendida fuerza del carlismo; en el sí, no y qué se yo del Papado, que nunca habla claro, porque sí le conviene la Restauración, también los carlistas, y en las «imposiciones de arriba» proclamadas por el ministro canalejista Amalio Gimeno. Privadle de esas dos columnas y se vendrá abajo ruidosamente como castillo de naipes, que no es otra cosa.

Va todo lo procedente escrito porque lo juzgamos necesario á manera de prólogo sobre algo que aún hemos de decir acerca de los carlistas, ahora que, muy preocupados con su desorganización y su decadencia desastrosa, pese á tantas protecciones, empieza á hacer pinitos y lanzar amenazas al mismo tiempo que le ponen á Maura las paralelas, no porque le estimen, si no porque le creen necesario, y puede que en cierto modo lo sea para ellos, y ellos á Maura no le hagan mal avío.

JOSÉ FERRÁNDIZ

El clero mejicano ha ideado un modo nuevo de poner á prueba la piedad de los fieles. Ha organizado la *lotería de las almas*, á un peso el billete. Como premios, los sacerdotes dicen que tantas ó cuantas ánimas del Purgatorio salen de él para ir al cielo. Los fieles compran esos billetes para salvar el alma de sus deudos.

Doy la noticia para que nuestros curas se enteren del invento y lo utilicen.

Siempre mirando por la clase. Es la debilidad más arraigada en mí.

## LA FUERZA

¿También tú la condenas, Juan, siguiendo las ideas hoy en boga? Bonito porvenir te espera si no procuras encauzar la inmensa que posees hacia tu mejoramiento.

La leyenda, la fábula, la tradición y la historia te enseñan que la fuerza fué siempre la reina y señora del mundo. Y del otro.

En el Olimpo anduvieron constantemente á cintarazos, dominando el que más podía.

En el Cielo se alzó Luzbel, y si el

arcángel, no lo mete en cintura, Jehová cae destronado.

Caín, más fuerte que Abel, lo mató por envidia de su virtud, según averiguó el padre Ripalda seis mil años después de ocurrido el hecho. Si llega Abel á anticiparse á coger la quijada Caín es el que sucumbe.

En la Biblia hay batallas, asesinatos, incendios, poniéndose siempre Dios del lado de los vencedores.

Y de entonces acá, la historia de la humanidad se resume en pocas palabras.

*Imperio persa.* — Conquista, degüello, incendio, rapiña y esclavitud.

*Imperio macedónico.* — Conquista, degüello, incendio, rapiña y esclavitud.

*Imperio romano.* — Conquista, degüello, incendio, rapiña y esclavitud.

*Los bárbaros.* — Conquista, degüello, incendio, rapiña y esclavitud.

*Los árabes.* — Conquista, degüello, incendio, rapiña y esclavitud.

*Los cristianos.* — Conquista, degüello, incendio, rapiña y esclavitud.

*Europa en América.* — Conquista, degüello, incendio, rapiña y esclavitud.

Y lo mismo en todos los pueblos y en todos los tiempos.

Lo único que ha variado ha sido la forma de romperse el alma. Desde la quijada del burro al cañón de 110 toneladas, que cuesta 487.500 pesetas, y cada disparo 4.675, ha habido armas para todos los gustos.

En resumen, Juan; que la fuerza lo es todo, como lo prueba el que el derecho mismo necesita de ella para ser reconocido y acata lo.

Pero, ¿qué más? Dios, el propio Dios puede atestiguarlo. Mientras estuvo en el cielo ejerciendo de Todopoderoso, nadie se metió con él, excepto Luzbel, y todos le rindieron homenaje, arrodillados y con la vista baja. Pero se despoja de su poder, desciende á la tierra, y lo persiguen, lo prenden y lo crucifican.

Créeme, Juan; la fuerza es indispensable para resolver las cuestiones en este planeta; y el que, como tú, la tiene y no la emplea, merece que le ocurra... lo que te ocurre. Y á menos que no seas como aquel gastrónomo que pretendía que las ostras se abrieran por la persuasión, á la fuerza habrás de apelar si quieres ascender á la categoría de persona.

1889

Del libro *Verdades al Pueblo*

## Injusticias

Aunque un poco tarde, llega á mis manos el número de *L'Asino* (Roma) correspondiente al 10 de Mayo último, y copio de él lo siguiente, para



ver si logro desvanecer la idea que algunos tienen de que es un periódico impío:

«Nos dice nuestro corresponsal en Ferrara:

«Don Luis Bellacchi, residente en Buonacompria, ha sido juzgado á puerta cerrada porque durante una representación cinematográfica no supo contener sus manos, y parece que las alargó distraídamente hacia un espectador su vecino, al cual evidentemente no le entusiasmaban las distracciones de ese género cuando lo denunció á los tribunales, que le formaron un proceso y acaban de sentenciarlo á siete meses de reclusión.»

«Y preguntamos á los magistrados, á las autoridades competentes, á guardascellos al honorable Giolitti:

—¿Es esa la libertad que decís que aseguráis á la iglesia y á sus ministros? ¿No es demasiado si quiera un pobre sacerdote de meter las manos donde le agrada por ejemplo, donde cree que los demás á semejanza suya, tienen la conciencia? ¿Y os admiraréis luego si el partido católico se agita y organiza movimientos en defensa de la libertad?»

¿Se co- vencen mis lectores de que *L'Asino* no es un periódico impío, al verle pedir para los sacerdotes todas las libertades, hasta la de la esgrima absoluta de sus manos en los cines?

«Cuántas injusticias como estas cometen los clericales! Y lo digo por experiencia propia. Qué de calumnias no me han levantado y de cuántas injurias no me ha hecho blanco, sólo por haberme dedicado, con mejor intención que fortuna, á moralizar al clero!»

Otro que no tuviese la convicción tan arraigada, hace tiempo que hubiera desistido de moralizarlos; yo he preferido pasarme sus insultos, sus injurias y sus calumnias por donde no debe decirse, y continuar mi caritativa, útil y necesaria labor.

Que el Señor me lo tome en cuenta en descargo de mis culpas. Amén.

## ¡A PECAR!

Eloy Calvo y Aparicio no tenía religión, pero era un santo varón muy alejado del vicio.

Aunque con su gran figura pudiera gozar del mundo, vivía meditabundo y en la mayor compostura.

Al verle así Juan Sarmiento, hombre de carácter vivo, preguntó por el motivo de tan gran recogimiento.

—Si no voy del goce en pos, respondió el interpelado, es por temor que el pecado no me lo perdone Dios.

Y Sarmiento, deseoso esa alarma de calmar, hubo así de replicar con acento sentencioso:

—Si á la iglesia concurrieras y sus cultos aceptarás,

de otro modo pajearas todo el tiempo que vivieras.

¿Que temes á los pecados?...

Pues si no eres un estulto, ven á practicar el culto y los tendrás perdonados.

Aunque tu alforja esté llena de picardías, ¡canario! saldrás del confesonario más limpio que una patena.

Y el picarillo de Eloy contestó con gran fruición:

—¿Con que es verdad tal perdón? Pues á pecar desde hoy.

MARCELIANO RIVERA

PERIODISTAS, A DEFENDERSE!

## ¿Si se infringió la ley...?

Presentado y admitido en principio el recurso de casación por infracción de ley, se me deniega su tramitación (y no por el Consejo Supremo de Guerra y Marina) manifestando que el Código de Justicia Militar no permite su ejercicio; pero yo pregunto á qu en proceda; ¿Condenándome con arreglo al Código penal y á la ley de Jurisdicciones y admitiendo, tanto el fuero común como el artículo noveno de la dichosa ley draconiana, los recursos de casación, es lógico y justo que se me deniegue? R. capitulemos.

El Consejo de guerra celebrado en Cartagena me condenó á ocho meses y dos días de arresto mayor, por dos supuestos delitos de injurias en la Prensa. Para ello fué necesario que me aplicasen el artículo 296 del Código penal ordinario, que dice textualmente:

«Los que hallándose una autoridad en el ejercicio de sus funciones, ó con ocasión de éstas, la injuriasen en escrito que no estuviese dirigido á ella, serán castigados con la pena de arresto mayor.»

Pues bien, ahí están mis artículos periodísticos, mezcla de humorismo é ironía, que en ellos no hay ataque á ninguna «autoridad en el uso de sus funciones, ni con ocasión de éstas.»

El párrafo primero del artículo 7.º, caso 7.º del Código de Justicia Militar, reformado por la ley de Jurisdicciones, que también me aplicaron, castiga igualmente á quien injuria, siempre y cuando se refiera al ejercicio del destino ó mando militar. Y tampoco, en mi modesto entender, he incurrido en ese feo delito.

Se me aplica, con agravante, el párrafo 17 del artículo 10 del Código Penal, que dice:

«Haber sido castigado el culpable anteriormente por delito á que la ley señale igual ó mayor pena...» Y

yo sufro una condena de destierro, por el fuero civil y á instancia de un cacique; y como con arreglo á la escala gradual de condenas (artículo 89 del Código Penal) el destierro es pena muy inferior á la de arresto mayor, no comprendo, en verdad, como me aplicaron el párrafo 17 del artículo 10 del Código ordinario. Si se añade á esto que el presidente del Tribunal civil que me condenó era incompatible para ocupar el cargo, según el artículo 117 de la ley orgánica del Poder judicial, se comprenderá el alcance de la justicia que mandaron hacer. ¡Ave María!

Estas respetuosas consideraciones me las ha sugerido algo inconcuso y muy evidente, la copia de la sentencia del Consejo de guerra que obra en mi poder; y estimo, por lo expuesto, que existe error judicial, infracción de ley, ó como quiera llamársele; algo, en fin; con la particularidad de que supone un recargo extraordinario de condena, el consignar equivocadamente en la sentencia que en mí «concorre la agravante de estar sufriendo pena mayor» cuando, según el artículo 89 del referido Código, es menor la pena que sufro, por ue es de destierro.

De la justificación y recto juicio del señor general Echagüe, titular de la justicia militar, espero (se lo ruego) tome las medidas para que se subsane éste, «al parecer» error jurídico; ya que, por circunstancias especiales, se ha juzgado militarmente un caso de índole pura, exclusiva y netamente civil, según mi leal saber y entender.

Bien considerado, que esta reivindicación es en interés de todos los que escribimos bajo la acción de esa ley más que neroniana, porque el espíritu ahoga la legalidad de la letra.

¡No pido misericordia; pido justicia, porque entiendo que no debo ir á la cárcel no habiendo delinquido!

JOAQUÍN JUST

## ¡Ave María Purísima!

El 30 de Mayo arrestaron y metieron en la cárcel á un profesor laico de la Escuela Técnica de Bellinzona (Suiza), acusado de ejecutar actos obscenos en niños de ocho á nueve años. La prensa clerical condenó el hecho con gran dureza, acusando de inmoralidad á todo el magisterio laico.

De la investigación judicial resultó que el canónigo Sylvio de Signori, profesor de la misma escuela, había ido á medias en el negocio con el profesor laico y fué encarce-



lado también. La prensa clerical enmudeció, como de costumbre.

Y resultó más: que algunas familias de los niños profanados (unos veinte) sabían de lo que ocurría, pero callaban como muertos por tratarse de un canónigo.

Esto hace pensar:

Primero: en que hay profesores laicos que erraron la vocación. Y

Segundo: en que hay familias católicas que no se preocupan de que perviertan á sus hijos, si es hombre de Iglesia el que lo hace.

Todo lo cual me hace exclamar:  
¡Ave María Purísima!

## El voto de Santiago

Los reyes de Asturias y Galicia, desde tiempos de Mauregato, venían obligados á satisfacer al Emir de Córdoba un tributo anual de cien hermosas doncellas.

Ramiro II, al ocupar el trono, no quiso seguir pagando esa extraña cábala y movió guerra á los moros.

Con fortuna adversa empezó la campaña para los cristianos, y vencidos en los primeros encuentros, se retiraron á las cercanías de Calahorra, haciéndose fuertes en un cerro llamado de Clavijo.

La víspera de la fantástica batalla parece que se le apareció en sueños al rey Ramiro el apóstol Santiago.

Promesa de una intervención milagrosa y de una victoria segura dió el bueno del discípulo de Cristo, que más tarde tuvo la satisfacción de ver su nombre bautizando la «vía láctea», como camino de su pertenencia.

Y la batalla se libró al grito de ¡Santiago, cierra España!, y el apóstol, gine en caballo blanco, hizo en la morisma una espantosa carnicería.

### UNA INVENTIVA REMUNERADORA

Años más tarde, el cabildo de Santiago de Compostela exhibía un «Privilegio» fechado en Calahorra el 25 de Mayo de 842, por el cual el rey Ramiro obligaba á los pueblos al pago de una contribución por cada yugada ó tierra de viña, que debían satisfacer como compensación por la oportuna intervención del apóstol.

Llevado el asunto judicialmente, los tribunales de aquellos tiempos, acordaron en 1568 y 1612, la licitud del nuevo impuesto.

Sin embargo, algunas villas protestaron del saqueo, y la chanchillería de Valladolid en 1628 revocó, en parte, tales exacciones.

A pesar de ello, el cabildo de Santiago siguió usufructuando por espacio de trescientos años el cobro de tan ilógico tributo, y de su cuan-

tía da idea el hecho de ser arrendado, á principios del siglo XVIII, en diez y seis millones de reales, cantidad entonces exorbitante.

### SU ABOLICIÓN Y TRANSFORMACIÓN

El diputado Alonso López, en la sesión de las Cortes constituyentes del día 25 de Febrero de 1812, presentó una moción fundamentada, para la abolición de tan onerosa gabela, que sólo tenía por base un «Privilegio» anacrónico, falso, absurdo, como se demostró cumplidamente; Terrero, Argüelles, Capmany, elocuentemente abogaron por su extinción, y las Cortes así lo acordaron.

Del primero son las siguientes notables palabras;

«Este es un voto que, en vez de honrar al Señor, ha dado causa para que echen muchísimos votos los infelices del campo...»

Más tarde, á la vuelta del absolutismo, se restableció la ofrenda por parte del Estado, de una cantidad anual: práctica que se perpetúa hasta nuestros días.

### NUESTRO COMENTARIO

Con las dos mil quinientas pesetas en oro—al cabildo de Santiago no le placen las vicisitudes del cambio—podrían sostenerse un par de maestros de escuela, que tanta falta hacen en España.

Ya que eso no lo encontraran viable nuestros gobernantes, esperamos que, en compensación, en estos tiempos descreídos, el bueno de Santiago nos dará una pequeña muestra de su afecto y solicitud hacia los españoles.

Como «hoy las ciencias adelantan que es una barbaridad», estamos viendo que el día menos pensado aparece en tierras de infieles en notable apostol, tripulando un monoplano de blancas alas y lanzando bombas explosivas para aniquilar á los sarracenos.

¡Que buena fa.ta nos hace!

MIGUEL ROJANO

En una frase voy á definir exactamente la situación económica de España:

«España siembra, el fraile siega, el cura espiga y el pueblo ayuna.»

## Profanación abominable

Empeñóse el alcalde de Epaleto (Italia) en que la banda municipal acudiera á una procesión, y á los concejales y á la mayoría de los vecinos les pareció muy mal.

Procuraron muy respetuosamente que la autoridad volviera sobre su acuerdo, sin conseguirlo; y entonces rogaron á los músicos que se retiraran, obteniendo igual resultado.

Saló la procesión de la Iglesia, y

emprendió su marcha con la mayor tranquilidad; el alcalde llevando el estandarte de la Congregación de los luises, los músicos soplando con fe, y los curas cantando fervorosamente, cuando hete aquí que desembocan por las calles transversales los que no habían estado conformes conque la banda concurriera á la procesión; comienzan á palos y pedradas con curas, músicos, alcalde y cofrades, y en menos de cinco minutos queda el suelo alfombrado de cirios, incensarios, santos é instrumentos musicales, por haber escapado sus portadores á una velocidad que ya quisieran alcanzar los automóviles mejor contruídos.

No aplaudo á los apaleadores, por ser partidario de los derechos individuales, entre los cuales figura el de manifestación; pero digo con toda franqueza que hubiera gozado infinito presenciando la escapatoria de músicos y danzantes, y viendo luego esparcidos por aquí y por allá las in ágenes y los sagrados artefactos.

Por cierto que los chiquillos se lanzaron sobre los instrumentos que tiraron los músicos para escapar más de prisa, y durante dos días se hartaron de dar tales trompetazos por las calles, plazas y plazuelas de la población, que bienaventurados los sordos.

Repito, pues, que sin aplaudir la abominable profanación, hubiera pasado un buen rato presenciándola.

«Siempre juguete fui de mis pasiones!»

## “Milagros comentados”

POR

José Nakens

PRECIO DOS PESETAS

A los suscriptores directos y á los corresponsales el 25 por 100 de rebaja.

## Mi paso por la Cárcel

(2.ª edición)

Precio: DOS pesetas.

Jos Nakens

## La celda núm. 7

Precio: DOS pesetas

José Nakens

## Poesías festivas anticlericales

PRECIO: UNA PESETA

## LA RELIGION AL ALCANCE DE TODOS

Una peseta



## Leyendo Cánones

(CONTINUACIÓN)

la misa de prisa y corriendo. 2.<sup>a</sup> Porque la costumbre de mezclar el vino con el agua en el acto de la Consagración, podría llevarle á hacerlo en la taberna sin fijarse, y acarrearle un disgusto con algún parroquiano; y 3.<sup>a</sup>, porque el continuo roce con el tabernero podría inducir á los fieles de poca educación á faltarle al respeto al sacerdote.

El 11 «prohíbe baxo de la misma pena el prestar á usura, el comer ázimos con los Judíos, y tener con ellos trato ni familiaridad, el enviarlos á buscar en una enfermedad, el tomar los remedios que den, y el bañarse con ellos.»

Esto, aunque contradice un poco aquello de que todos los hombres somos hijos de Dios y herederos de su gloria, no me parece del todo mal. De este modo, no tratándolos, perdían los judíos todo derecho á quejarse de la falta de amistad y fraternidad de los cristianos que con ellos comían y cuyas enfermedades curaban, cuando en nombre de Dios los degollasen y les confiscaran los bienes.

El 12 «prohíbe á los Obispos con pena de deposición habitar con sus mugeres.»

El acabar de ocuparme de los judíos, me hace pensar en que ha habido en el mundo algún ejemplo de tenacidad mayor que el suyo: el de los obispos y sacerdotes católicos que se llevaron siglos y siglos desoyendo á los Concilios que les prohibían andar en líos de mujeres. Los judíos no hacían maldito el caso á los que les aseguraban que había venido el Cristo, ni los sacerdotes á los Concilios que les mandaban ser castos.

El 24 «prohíbe á todos los Eclesiásticos, só pena de que se les tratará como simoniacos, el exigir dinero ó alguna otra cosa por dar la Santa Comunión.»

*Nihil nobum sub sole.* (Esta es una de las tres ó cuatro citas en latín á mi alcance. Creo que quiere decir una cosa parecida á «nada hay nuevo bajo el sol».)

Hace poco escribí un artículo extrañándome de que los curas no cobrasen nada por administrar la comunión, y ahora me entero de que ya en el siglo VII un Concilio tuvo que prohibirles que lo hicieran, pues la cobraban no sólo en dinero, sino en especie. ¡Valiente ignorante soy!

El 47 «prohíbe que los Monges

duerman en Monasterios de Monjas, y á las Monjas el dormir en Monasterios de Religiosos.»

No me explico la prohibición, si realmente dormían. Dar posada al peregrino es obra de misericordia laudable. Pero vaya usted á saber si el Concilio tomó esa medida porque unas y otros no pegaban los ojos en toda la noche.

El 50 «prohíbe los juegos de azar á los Clérigos con pena de deposición, y á los legos con la de excomunión.»

Que frecuentaban las tabernas, ya lo sabíamos por los muchos cánones que se lo prohibieron; que eran aficionados á las señoras, fuera de dudas está; que les gustaba verlas venir, ese canon nos lo dice. De haberse descubierto ya por aquellos tiempos el tabaco, podían haber hecho suyos estos malos versos de aquel que decía enumerando sus virtudes:

No tengo vicio ninguno  
sino el de fumar tabaco,  
beber un poco de vino,  
de las cartas no me aparto  
y á las mujeres me arrimo.

El 51 «les prohíbe, baxo de las mismas penas, el asistir á los espectáculos, y á las luchas entre fieras, ó el hacer en el teatro el papel de tarsantes y de baylarines.»

Cualquiera encontraba á un clérigo en su casa ó en la Iglesia, si lo necesitaba para un menester espiritual. Cuando visitando devotas; cuándo bebiendo vino; ora viendo pelearse las fieras; ora en las carreras del circo; ya cantando coplas en los banquetes; ya bailándose un zapateado en un teatro... No sé cómo podían resistir aquel continuo ajetreo. ¡Pobre del que, sin una organización muy vigorosa, cantara misa entonces! Sucumbiría en la flor de su vida rendido por el excesivo ejercicio muscular, ó hecho polvo por aquellas emociones tan fuertes, tan diversas, y tan agradables todas aun para los mismos fieles.

El 75 «manda que no se cante en las iglesias nada que no sea conveniente, sin confusión, sin bulla, con modestia y atención.»

Cuando el Concilio tuvo que dictar ese canon, no quiero ni pensar en los jolgorios que se armarian en las iglesias. Uno canta por aquí, otro grita por allá, otro alborota por acullá, sin atender ninguno á la sagrada ceremonia que se estuviera celebrando y sin el menor asomo de modestia.

Muy pervertidos estamos en este siglo, según se nos dice á cada paso en encíclicas, pastorales y sermones; mas, la verdad, no ocurre hoy, ni en los propios teatros profanos, nada parecido á lo que ocurría en los

templos el siglo VII. A cada siglo lo suyo.

El 76 «manda no se tolere en el recinto de las iglesias ninguna taberna ni tienda de Mercader, pues Jesu-Christo prohibió se convirtiese la casa de su Padre en una casa de comercio y tráfico.»

Ahora me explico un poco los escándalos á que se refiere el canon anterior. Habiendo tabernas dentro del recinto del templo, nada más natural que los fieles entrasen en ellas antes de pasar á la nave principal; y que una vez dentro, bebieran; y que bebiendo, se perturbaran un poco; y que, perturbados, no se dieran bien cuenta de dónde estaban. Y eche usted ruido, gresca é inmodestias cual si estuviesen en la taberna todavía. Obró perfectamente el Concilio al suprimir los templos de Baco en la casa de Dios. Quien quita la ocasión quita el peligro.

El 86 «condena á la pena de deposición á los Clérigos que hagan comercio de mantener y juntar mugeres de mala vida.»

Casas de lenocinio se llama hoy á esas que el Concilio prohibió á los clérigos que tuviesen, y no son bien miradas las personas que las explotan. La prohibición, pues, fué justa. Resultaba efectivamente un poco contradictorio el que Cristo hubiese venido á redimir á la mujer, según dicen los católicos, y sus ministros viviesen de ellas, sometiéndolas al cautiverio del pecado.

El 88 «prohíbe se dexe entrar en la misma Iglesia ningún animal, no siendo en viage por una necesidad absoluta de poner á cubierto al que sirve al viajante.»

Convertir en cuadras las iglesias no acusaba en verdad gran respeto al lugar santo. El que Cristo naciera en un pesebre, no autorizaba á sus ministros para consentir tamaña profanación. Y aun me parece que pecaron de blandos los Padres del Concilio, exceptuando del deshauicio á los borricos que usaran los sacerdotes en sus viajes. La equidad no debe distinguir de borricos.

DECIMOSÉPTIMO CONCILIO DE TOLEDO, año de 694.

El 4.<sup>o</sup> «prohíbe á los Sacerdotes el emplear en uso propio los vasos sagrados ó los ornamentos de la Iglesia, venderlos ó disiparlos, só pena de privación de la comunión, y de reponerlos á su costa.»

Como algún Santo Padre había dicho que entre los cristianos todas las cosas eran comunes, se conoce que algunos sacerdotes lo interpre-

(Continuará.)



## CONJUROS Y EXORCISMOS

POR

ROBERTO ROBERT

ta el extremo de volar, como les sucedió á las monjas de Santa Clara.

Para edificación del lector citaremos algunos hechos, tomándolos, por su orden, de un libro piadoso que tenemos á la vista.

Ya en 1430 fué necesario quemar en el cantón de Vaud (Suiza) á un gran número de bribones (después de exorcisados) porque voluntariamente se habían hecho esclavos de Satanás y se dedicaban á la antropofagia.

En 1459 llegó el contagio al condado de Artois, y hombres y mujeres se matricularon en la brujería, y todas las noches en compañía del Diablo se entregaban á los más abominables excesos.

En 1544 se extendió igual locura por un gran número de ciudades de Alemania, y todo fué diablear, embrujar y endemoniarse en Colonia, Maguncia, Tréveris, Brema y Constancia.

No hay que preguntar que tal andarían por allí los exorcismos, sabiendo que el más famoso exorcista, cuyo nombre se conserva en España, el célebre fray Mauro Tenda, fué alemán.

Media humanidad andaba entonces haciendo contorsiones y vociferando para desendemoniar á la otra media, que le respondía con mayores vociferaciones y estremecimientos.

Pero prosigamos.

En Inglaterra se inauguraron en 1603 la magia y la brujería, pero de tal manera se aficionaron aquellos isleños á lo diabólico, que ya dieron desde entonces á conocer lo mucho que desgraciadamente llegarían á sobresalir andando el tiempo en las herejías y la marina de guerra.

En fin, el escándalo flodemoniaco fué tan evidente, que el Papa mismo acusó á muchos obispos ingleses de haber hecho pacto con el Diablo y haberle rendido homenaje.

Señal evidente de que el hecho era cierto, porque en materia de diabluras no se pueda decir que haya nadie más entendido que los Papas, y si no...

Pero prosigamos.

En tiempo de Enrique VIII, y reinando Isabel, el Parlamento de dicha nación tuvo que dar dos decretos contra la magia y la brujería.

Y de tal manera arreció la pestilencia, que no bastando los conjuros y exorcismos á desarraigar de los cuerpos al Demonio que con la mayor desvergüenza se había arrellanado en ellos, en Escocia fué preciso tomar la dolorosa resolución de condenar á muerte á los brujos.

Nunca se ha podido averguar la verdadera causa de que los exorcismos produjesen tan poco efecto en aquella conyuntura.

¿Habría caído alguna materia pecaminosa en el agua bendita?

¿Padecería detrimento la eficacia de los conjuros latinos puestos en boca de los ingleses que no pueden pronunciar bien y desfiguran aquel bello idioma?

¿Serán los demonios del Norte más robustos y pertinaces que los de los climas cálidos?

Repito que se ignora, y me limito á apuntar las breves observaciones que preceden, para que los fieles puedan meditarlas.

Baste añadir con respecto á la sospechosa nación británica, que en el a la peste infernal no perdonó ni sexo ni edad, como dice un canto profano muy popular en nuestros días.

Hemos dicho que debajo del pectoral de los obispos había llegado á albergarse el Demonio; ¿quién se admirará ya de que á la misma reina Isabel en 1560, y á la condesa Leonor en 1562, y á la Alicia en 1575 hiciese danzar el maligno en escandalosos procesos, y de que en Windsor hubiese que acabar echando al fuego á las brujas, porque sabido es que el Demonio, que á veces resiste al agua bendita, no resiste nunca al fuego, sea de lo que fuere?

Pero... prosigo.

El inquirir los motivos, causas, razones, etc. que podía tener el Diablo para mezclarse en ciertos negocios, se fué haciendo punto muy serio, de tal manera que el mismísimo rey Jacobo de Escocia hubo de meterse á inquisidor.

Diremos como.

En 1590, cuando iba á Noruega en busca de su prometida, se levantó un vientecillo de proa, que no dejaba navegar como era debido al buque en que iba S. M., al paso que las otras embarcaciones surcaban el mar á toda vela.

Es claro que de un suceso tan enojoso é inexplicable, sólo el Diablo podía tener la culpa.

Hicieronse averiguaciones por medio de la oración y la policía, y recayeron sospechas sobre cierta mujer que se llamaba Gila Duncane. Interrogóse la, repreguntóse la, pillóse la en algún renuncio, se le hizo

ver la contradicción en que se hallaba consigo misma, se la amenazó si no confesaba su complicidad con el Diablo, y en seguida confesó que efectivamente en compañía de otros hombres y mujeres, había tenido parte en una conspiración contra el rey.

La brujería no podía ser más manifiesta. Había conspirado contra el rey: ergo tenía la culpa del viento de proa.

\* \*

Pero propongamos.

Puestos ya los inquisidores en el discreto empeño de ir apurando la verdad, preguntaron á la acusada si en su conspiración había tomado parte el doctor Fian, hombre en extremo sospechoso, á quien se daba el apodo de *Secretario del Diablo*.

Y ¡lo que es la casualidad, ó mejor dicho la Providencia! La mujer confesó que el doctor Fian era uno de sus cómplices.

Entonces fué cuando el soberano escocés mandó que le prendiesen, y resuelto á depurar lo cierto, para que en ningún caso le quedase duda alguna, prescindió de todas las vanidades de su preeminente jerarquía, y por su propia mano se dignó aplicar el tormento al culpable.

Pero... ó el doctor ó el Demonio ó entrambos eran muy tercos, y se resistieron á confesar, mostrándose muy inferiores á Gila, que á la primera amenaza había declarado la verdad tal como el rey la deseaba.

\* \*

Pues señor, viendo el rey la depravación de aquel hombre que aun puesto en el tormento se obstinaba en la negativa, tuvo á bien ordenar que le arrancasen las uñas, lo cual se verificó con aquella puntualidad y perfección con que solían cumplirse las órdenes que del rey emanaban.

Pero se conoce que el doctor tenía tres ó cuatro hipotecas diabólicas sobre el alma, porque ni aun desuñado quiso decir que sí á lo que le preguntaban; en vista de lo cual S. M. se dignó disponer que se clavasen largos alfileres en los brazos del protervo, como efectivamente se hizo acto continuo.

\* \*

¿No parece fuera de duda que cualquiera persona que no tuviese lazo alguno con el infierno debía de haber dado gusto al rey, que al fin era el rey, en lo que deseaba?

Pues el doctor á pesar de los alfileres persistió erre que erre en su negativa, sabiendo que cuanto más negase más se había de prolongar su tormento, y esta resolución, claro está que sólo al Demonio le podía ocurrir aconsejársela.



El rey lo conoció, y ¿qué hizo? lo que le ocurre sencillamente á todo amigo de la fe: ponerle el *borceguí*, instrumento muy útil que se usaba contra los que tenían empeño en negar. Pusiéronselo, y de tal suerte procuraron convencerle, que apretándolo cada vez más, le reventó la sangre por las piernas; después de lo cual el demonio tuvo que mudar de cuerpo, porque en seguida sintió que el del doctor olía á difunto.

Este rey escribió un tratado sobre *demonología*, en el cual declaró terminantemente que los brujos no podían pasar por las rendijas estrechas, porque esta facultad se asemejaba demasiado al misterio de la transubstanciación de los papistas. ¡Hé ahí cómo discurren los herejes!

Los brujos de Italia, que parece deberían haber sido los más morigerados, por ser testigos inmediatos de los prodigios de la fe, chupaban la sangre de los recién nacidos, y sólo en el distrito de Como acudieron tantos que, después de centenares de veces de conjurarles y exorcizarles, ora con éxito feliz, ora estérilmente, fué menester irlos quemando, de suerte que fueron reducidos á cenizas quince mil nada menos.

¡Oh, los exorcismos!

Como los duendes habitaban hasta en los troncos de los árboles, allí fueron también á acosarlos el agua bendita y las cláusulas latinas, y mil veces el sacerdote hubo de dejar bañada en llanto á su fiel barragana para acudir á echar los conjuros á un olmo, que se había convertido en morada de numerosos duendes y trasgos.

Las noticias sobre conjuros y exorcismos recogidas por la historia son numerosísimas.

Nuestro deber es dar razón de las más importantes, y así desecharemos algunas de ellas que se agolpan á nuestra memoria, cuidando empero de no pasar en silencio las que muy principalmente conviene que sean conocidas para enseñanza de las generaciones.

De paso apuntaremos que los brujos ó monstruos chupadores de sangre, llamados vampiros, no se redujeron sólo á Italia, sino que cundieron por Polonia, Hungría, Moravia, Turquía y otras partes.

Las madres temblaban de continuo con el miedo de que aquellos golosos no fuesen por la noche á desangrar á sus tiernos hijos; la so-

ciudad religiosa esgrimió contra ellos las más afiladas armas espirituales, y en cierta ocasión, habiéndose descubierto que dos individuos ya muertos habían ejercido el vampirismo, se mandó desenterrar sus cadáveres, y después de mutilados, se les quemó por mano del verdugo.

Siguiendo al autor de quien he tomado los datos anteriores, veo que se ocupa con mucha oportunidad de la especie de epidemia que á mediados del siglo XVI se propagó como una plaga por los conventos de monjas, y aunque hemos dado cuenta de lo que con este motivo padecieron algunas vírgenes del Señor, no esará demás continuar en este mismo capítulo nuevos sucesos.

Demonios, brujos, duendes, y toda la maligna familia de Satanás se encarnizó muy especialmente con las mujeres; pero en cierta época, como la que acabamos de citar, su objeto predilecto fueron las monjas.

Llegaron las desdichadas á tales extremos, que sólo sabiendo quién es el Demonio y á cuánto alcanza, pueden comprenderse. Saltaban como cabras, como gamos, como gacelas, como diablos; se arrancaban á pedazos los vestidos y llamaban al Demonio á voces diciéndole que le amaban y que anhelaban ser suyas.

Por entonces las familias piadosas solían en sus diarias oraciones pedir á Dios algunas frioleras, y en cambio le ofrecían consagrar una hija á sus altares, ofrecimiento que aquellas buenas madres cumplían religiosamente.

Pero las hijas les pagaban muy mal ese cuidado que se habían tomado por la salvación de su alma, entregándose á desesperaciones diabólicas, menospreciando su virginidad y cometiendo mil ingratitudes.

En Cambray exorcisaron tan valientemente á una religiosa, que hubo de rendirse á la fuerza de los conjuros y confesó que el Diablo había abusado 434 veces de su persona.

¡Jesús, María y José!

En Uvertiet, ¡parece imposible! se subían las monjas á los árboles, se golpeaban á sí mismas brutalmente, se retorcián los miembros, en fin, hacían las cosas más ajenas á las reglas de su instituto, distrayéndose no solo de los apacibles y castos rezos, sino, lo que es aún más sorprendente, de la confección de pastelitos y mermeladas.

En el convento de Santa Brígida

de Lilla imitaban los gritos de los animales; maullaban como gatos; balaban como ovejas; sentían el maleficio en la garganta; y en otro cercano á Estrasburgo hacían lo mismo, y además se mesaban el cabello y se daban furiosos mordiscos, destruyendo sus gracias, no se sabe si por considerarlas miserables y mundanales ó por verlas estériles y sentenciadas á soledad y encierro perpetuos.

En 1554 hubo en Roma cierto número de muchachas hijas de judíos, y judías ellas sin duda, que rabiosas por haber sido bautizadas y enclaustradas, dieron voluntaria encarnación al Diablo en su seno.

Por la misma época en el convento de Nazareth de Colonia una veintena de monjas se declararon esposas de espíritus carnales, de incubos, que de su candor hicieron mangas y capirotos.

En 1577, después de muy eficaces conjuros, se tropezó con grandes dificultades, en vista de que ciertos influjos malignos no podían desvanecerse por medio de los más selectos exorcismos, y fué necesario, indispensable, que para la conservación de las almas condenadas al Senado de Tolosa á cuatrocientas brujas, que fueron quemadas en honra y gloria del Señor.

Considere el impío lector qué sucedería y qué no sucedería en una época obligada á tratar de agua bendita como de remedio eficaz contra los delirios del hambre y la desesperación.

La gente á quien había que someter á conjuros y exorcismos, era gente flaca, demacrada, exaltada, famélica de alimento material ó moral.

La monja sin vocación, la sierva expoliada por el señor feudal ó por el obispo, la viuda, la esposa del soldado y del marinero arrojados del hogar por una leva; estas eran el ordinario objeto de aquellas terroríficas escenas en que los exorcistas echaban los bofes por un tanto alzado.

¡Y cuántas no habían de ser las víctimas siendo tan vasto el imperio de Satanás!

Escuchad á Wierus, hombre que, siendo sabio, escribió de todas las fuerzas endiabladoras del género humano, y en su tratado de la *Mo-*

(Continuará)

IMPRENTA ARTISTICA DE SAEZ, HERMANOS  
ONSERRAT, 7.—MADRID.